

# NATURA

REVISTA QUINCENAL  
DE  
CIENCIA, SOCIOLOGÍA  
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Clemencia Jacquet

## Los Factores de la Educación social

### III

Como para muchas cosas en la naturaleza y en la sociedad, nos hallamos aquí en presencia de factores que parecen contradictorios pero que no lo son más que aparentemente, porque muy á menudo nos olvidamos de efectuar un trabajo preparatorio de observación y porque no siempre tenemos en cuenta el máximo de efectos favorables que hemos señalado, como tampoco de la división en caracteres estables y caracteres variables, división que, no obstante, se impone.

Como hemos demostrado, el hombre tiene necesidad de estar siempre dispuesto para una nueva adaptación, y, por otra parte, es necesario que conserve los caracteres adquiridos. De ahí una causa de confusión que es fácil evitar, sin embargo, con un poco de reflexión.

Repitamos para los caracteres sociales la división que establecimos para los caracteres orgánicos: unos son indispensables á la vida social, son fundamentales y no cambian nunca; otros son secundarios y vienen en ayuda del hombre, según las circunstancias, para afirmar los primeros.

Es evidente que los que hemos calificado de fundamentales serán los que

debemos procurar fijar en las jóvenes generaciones, mientras que los otros serán únicamente medios que pondremos á su disposición.

Sirviéndonos de la palabra «espíritu» despojada de todo sentido místico y «espiritualista», resumiremos los caracteres fundamentales sociales como sigue:

- El espíritu científico;
- El espíritu de iniciativa;
- El espíritu de perseverancia;
- La solidaridad.

El orden porque establecemos esta enumeración no es indiferente; lo establecemos siguiendo la progresión de la adquisición de estos caracteres.

Procuraremos ahora definirlos.

El espíritu científico consiste en la aplicación racional de la observación y de los raciocinios que se derivan. Tiene por base un hecho concreto que se analiza primero en sí mismo, después en sus relaciones con otros hechos, examinando sucesivamente todas las variaciones por las cuales pasa y los diferentes resultados debidos á estas variaciones.

La observación, de superficial que es al principio, se hace cada vez más profunda, íntima; así, á medida que el análisis va más hacia el fondo de las cosas



nos enseña los detalles más delicados, cesa de imponernos conclusiones rigurosas, y si así podemos decir, refleja. Tal hecho no trae forzosamente aparejado tal resultado previsto; todas las circunstancias intermediarias entre un acto cualquiera y sus consecuencias, adquieren su verdadero valor, entran en cuenta en la apreciación ó juicio que nos formamos.

Sin el espíritu científico no hay verdadera lógica, ni justicia real, pues del mismo modo que para despejar una incógnita es necesario conocer y estudiar en sus relaciones recíprocas todos los términos de su ecuación, es imposible emitir una apreciación con toda justicia si únicamente se conoce una parte de los componentes de un hecho cualquiera.

Ahora bien, la primera condición que hay que llenar en la vida social es precisamente el cuidado de ser justo con todos, del propio modo que todos deben serlo para cada uno. Es preciso también que todo individuo sea capaz de comprender y de interpretar los fenómenos de toda clase de que se compone la vida. Esta lucidez de espíritu fundada en la observación lógica forma parte integrante de la justicia social.

Abramos un paréntesis para decir que la palabra «justicia» no tiene aquí nada del sentido distributivo y remunerador que vulgarmente se le asigna, precisamente en virtud de un falso análisis de lo que es justo ó de lo que es injusto.

El espíritu de iniciativa es aquel poder que poseemos, en grado más ó menos elevado, de sacar partido de las circunstancias entre las cuales nos hallamos, de prever nuevos resultados de los hechos y buscar su aplicación. También se le llama, y con razón, espíritu de inventiva. Es, en suma, el arte de emplear útilmente la actividad intelectual que poseemos, y en este orden de ideas, se puede decir que el espíritu de iniciativa es la esencia misma de todo progreso.

Por lo demás, no es absolutamente necesario que inventemos algo para dar prueba de iniciativa. Nuestra actividad mental se manifiesta hasta en los más humildes detalles de nuestra vida; nace y crece con nosotros.

Pero no basta saber sacar momentáneamente partido de las circunstancias, poder descubrir un medio de vencer ciertas dificultades ó adquirir ciertos bienes. En efecto, por una parte la perfección no se alcanza de golpe, es necesario trabajar mucho tiempo una idea antes de volverla aplicable, y, por otra parte, nos hallamos muchas veces con obstáculos que hay que vencer antes de llegar á los fines que deseamos. Por esto es que cuando hemos tenido una idea que parece buena conviene someterla á un riguroso análisis, después reconocer el terreno de acción y, por último, hacer provisión de paciencia y de energía, ó dicho de otro modo, de perseverancia, para obtener lo que uno se ha propuesto.

Este espíritu de perseverancia indispensable en todo trabajo que emprendamos, es la característica del hombre moralmente fuerte y uno de los factores necesarios de la sociedad.

En fin, la solidaridad es el coronamiento de la obra social, el sentimiento de que nos hemos penetrado de las estrechas relaciones que existen entre todos los hombres, de la mutua dependencia en que se hallan y de la fuerza invencible que adquieren uniendo sus esfuerzos, su trabajo y sus corazones. La solidaridad está admirablemente caracterizada por la máxima:

«Todos para uno y uno para todos.»

La verdadera solidaridad no admite desigualdad alguna y no tolera ninguna injusticia. Si á veces empuja al sacrificio, no se amolda, en cambio, á la explotación, y en esto se distingue de la abnegación, virtud antisocial; la solidaridad no reclama ni acepta sino el sacrificio *útil á todos*, mientras que la abnegación es, á

menudo, tido de menos bu ciedad qu mejores

La abr de un ind móviles d interesan porque l mentalme en su mis gación,

Estos conviene prenden, disposicio disposicio ma base sarse, es les perm cas suces Forman á la de la caractere el nombre Pero pa sidades y vida socia variables individuos nar con e nosotros darios.

Les dar por oposio les son si través de aptitudes duo, de lu y de socie

Un pase fia nos ha se desarro terminada veces tam



menudo, un sacrificio estéril en el sentido de que se realiza en beneficio del menos bueno y en detrimento de la sociedad que tiene interés en conservar los mejores de sus miembros.

La abnegación es admisible tan sólo de un individuo á otro; pero entonces los móviles que la determinan cesan de ser interesantes para la sociedad, y he aquí porque la solidaridad, carácter fundamentalmente social por excelencia, es, en su misma esencia, opuesto á la abnegación.



Estos caracteres fundamentales que conviene fijar en los individuos, comprenden, bien entendido, una parte de disposiciones naturales y una parte de disposiciones adquiridas; hasta esta misma base «orgánica», si así puede expresarse, es lo que les da toda su fuerza y les permite subsistir á través de las épocas sucesivas conservando todo su valor. Forman una serie exactamente paralela á la de las necesidades nutritivas; estos caracteres son los que agrupamos bajo el nombre de necesidades de relación.

Pero para poder satisfacer estas necesidades y hacer de modo que sirvan á la vida social, es necesario emplear medios, variables según las circunstancias y los individuos, que se acostumbra designar con el nombre de aptitudes, y que nosotros llamaremos caracteres secundarios.

Les damos este nombre precisamente por oposición á los precedentes, los cuales son siempre valables sin cambiar á través de los tiempos, mientras que las aptitudes varían de individuo á individuo, de lugar á lugar, de clima á clima y de sociedad á sociedad.

Un paseo por el mundo de la etnografía nos hace comprender cómo nacen y se desarrollan las diversas aptitudes, determinadas por el género de vida y, á veces también, por circunstancias que

desconocemos, que aun ignoramos. Así los boschimanos que viven en los bosques sud africanos, son naturalistas por instinto; nadie les aventaja en saber descubrir las cualidades de una planta y de un animal para sacar de una y otro el mejor partido posible para ellos, dado su vida nómada.

Del mismo modo los esquimales, obligados á dirigirse á través de inmensas llanuras de hielo, son geógrafos capaces de levantar el plano de su país y hasta de rectificar ciertos mapas europeos que representan su región.

Otros pueblos han llevado el conocimiento del dibujo á un grado muy elevado llegando á crear una verdadera escritura simbólica.

Los antiguos egipcios, forzados á encontrar de nuevo sus terrenos después de la inundación periódica del Nilo, fueron geómetras notables; mientras que los asirios, vecinos suyos, eran astrónomos que supieron descubrir el año solar de 365 días.

Todo esto constituye aplicaciones del espíritu científico y del espíritu de iniciativa agregados á la perseverancia necesaria para reunir las observaciones parciales, comprobarlas y sacar sus consecuencias.

Volviendo á las generalidades parece-nos posible poder agrupar las aptitudes humanas como sigue:

Aptitudes manuales,  
Aptitudes intelectuales,  
Aptitudes artísticas.)

Claro está que esta clasificación no tiene nada de absurda; que hay una parte de trabajo intelectual en los ejercicios manuales y viceversa, de igual modo que la imaginación y la sensibilidad entran en ciertas dosis en todas nuestras acciones. Consideramos aquí la «materia» dominante.

¿Entraremos en el detalle y definiremos lo que hay que entender por aptitudes manuales, intelectuales y artísticas?



Lo creemos ocioso; es una definición que ya se hizo hace tiempo y cada uno concibe claramente de qué se trata.

Aquí llegados de nuestro estudio deberíamos, por lo tanto, hacer punto final, (ya que hemos pasado revista y determinado los factores de la educación social. Sin embargo, nos parece que no dejará de ser útil continuar nuestras investigaciones y buscar el lado práctico de la cuestión, ó sea, de que modo se debe emprender la educación de los niños sobre las bases que acabamos de establecer.

Es tanto más importante el problema cuanto que constituye la piedra de toque de la educación. Todos estamos de acuerdo sobre las ideas generales, todos queremos contribuir á formar generaciones conscientes y libres de hombres unidos por una estrecha solidaridad, pero cuando se pasa de la teoría á la práctica los libertarios más entusiastas se truecan en

los peores tiranos de la infancia por desconocimiento de la pedagogía, es decir, de la ciencia del niño, cuya misma naturaleza ignoran, así como la fuerza de resistencia y el desarrollo gradual. Muy á menudo, asimismo, á este desconocimiento del niño agregan una instrucción muy insuficiente, no saben observar, y quedan reducidos á enseñar rutinariamente por medio del libro, práctica condenada desde hace cinco siglos.

La buena voluntad es, ciertamente, una gran cosa, pero no puede suplir al saber. No se puede enseñar sino lo que bien se conoce, no se puede enseñar sin haber hecho previamente un profundo estudio fisiológico experimental del niño.

Continuaremos, por consiguiente, nuestro análisis sobre el terreno de la educación ocupándonos de los medios que hay que emplear para preparar hombres socialmente bien educados.

(Continuará.)

Entregamos á la meditación de nuestros lectores la réplica que á nuestros artículos «Autonomía y Solidaridad» opone el Sr. Comas. El fiel discípulo del brutal Nietzsche y del paradójal Stirner, no destruye ni contesta uno siquiera de los más capitales argumentos que opusimos al Individualismo que viene preconizando. Fuertemente sugestionado, él, que tan único se cree, por las teorías de los citados escritores, y á pesar de las genialidad y originalidad que se atribuye, vanidad que rebosa, como una obsesión, en todo el curso de su réplica, se limita á apoyar la tesis de la «lucha por la existencia»,—prescindiendo de la misma social interpretación que le dió el propio Darwin—en las opiniones de aquellos hombres de ciencia más atentos en buscar en los hechos una interpretación que justifique el dominio de una clase sobre otra, que la verdad científica. Por esto el Sr. Comas, que sigue las huellas de esta que podríamos llamar *ciencia burguesa*, prescinde de toda otra interpretación científica que no sea la que á su tesis conviene y nos machaca los mismos argumentos ya rebatidos, no persiguiendo otro objeto que vulgarizar las teorías de sus predilectos maestros. Partiendo de este apriorismo, no nos extraña que el Sr. Comas insista en una insolidaridad negada por los mismos biólogos. Permítanos el lector una sola cita en demostración de lo dicho:

«*Solidaridad orgánica*.—Hemos establecido (p. XI) que nuestro organismo es una colonia de células vivientes, en extremo numerosas, de formas y de tallas variadas, pero ligadas entre ellas por los lazos de una estrecha solidaridad (p. 21).

«El estudio que hemos hecho de las funciones de nutrición y sobre todo (p. 128) de las relaciones que estas funciones tienen con el sistema muscular, ha evidenciado más aun esta solidaridad. ¿Acaso no hemos visto, en efecto, contractarse rítmicamente las células musculares del corazón para poder, con la sangre y sus glóbulos llevar á las células inmovilizadas en la profundidad de los tejidos, el alimento que éstas son impotentes para procurarse por sí mismas? Este alimento destinado á las células del cuerpo, ¿no está acaso, preparado por jugos que secretan las células glandulares del estómago ó del páncreas? ¿No hemos visto á las células ó fibras musculares del brazo contraerse á fin de permitir á la mano coger los alimentos brutos, introducirlos en el tubo digestivo y hacer así posible la digestión, es decir, la preparación de este alimento que luego será distribuido por todas partes?



«No hay, pues, un sólo acto vital que no nos haya permitido deducir de un modo ó de otro esta solidaridad que hemos dicho existe entre las células del cuerpo.

«*Coordinación de las funciones.*—Pero aun hay más: hemos podido comprobar, en efecto, que todos los actos ejecutados por las células, todas las funciones llenadas por los grupos de células ó por los órganos, están admirablemente coordinados. Así, cuando se ejecuta un trabajo durante el cual las células que funcionan consumen mucho carbón, en seguida el corazón se pone á latir más rápidamente á fin de activar la circulación y suministrar á las células la mayor cantidad de carbón que necesitan para reparar sus pérdidas. Al mismo tiempo los movimientos respiratorios se suceden más rápidamente de modo que se oxiden los glóbulos rojos que se acumulan más numerosos en los pulmones y tomar en éstos el oxígeno que necesita la combustión del carbón en las células activas.

«Esta perfecta coordinación de los movimientos y de las funciones de nuestro organismo indica que debe haber en él una constante comunicación entre las diferentes partes del cuerpo, de tal modo que si, por ejemplo, ciertas células tienen necesidad de alimento, puedan advertir á los músculos del brazo á que se contraiga para llevar alimentos al tubo digestivo.

«*Causa de la coordinación de las funciones.*—Esta comunicación existe: está asegurada por los cilindro-*ejes*, prolongaciones de los *neuronas*, que desempeñan el mismo oficio que los hilos telefónicos que unen las diferentes casas de una ciudad á las oficinas centrales... De igual modo en el cuerpo humano, cuando un grupo de células tiene necesidad de alimento, advierte por medio de los nervios que están á su disposición, á un órgano central (el encéfalo ó la médula espinal) y pide la comunicación con los músculos del brazo para advertirles que hay que llevar á la boca los alimentos necesarios; ó bien aun, y es el caso que parece más frecuente, las células avisan al órgano que se encarga de transmitir el mismo á los músculos del brazo la orden de contraerse. Estas corrientes nerviosas que van desde las células de los órganos á los centros nerviosos, se llaman corrientes *centrípetas*; las que van de los centros á las células de los órganos, son las llamadas corrientes *centrífugas*. Tal es la idea general que podemos hacernos del sistema nervioso.—BIOLOGIE ANIMALE. (*Anatomie et Physiologie animales*), por G. Colomb, director del Laboratorio de botánica de la Sorbona, y C. Houlbert, profesor de ciencias naturales en el Liceo de Rennes.—Un tomo, librería Armand Colin, París, 1904.

Una vez más no sabemos ver que la «lucha» sea el único y primordial factor de la vida. Será sin duda porque no conocemos nada de fisiología y de biología, como nos imputa el Sr. Comas.

Pero si bien no hemos visto anulada nuestra argumentación, en cambio hemos visto perfectamente que no nos equivocábamos al afirmar que dicho señor, plagiando á sus maestros, patrocina, justifica, acepta y halla excelente el cúmulo de injusticias sociales que se encierran y derivan de la institución «propiedad privada», contra la cual *ni una sola vez* se reuelve airado en el siguiente trabajo suyo, huyendo así del terreno á que le invitábamos por considerarlo fundamental en esta discusión. Se conoce que en la «Ciencia de la Vida» que para su uso particular se ha creado el Sr. Comas, toda la Sociología queda reducida á negar el Estado, laico ó religioso, mero defensor éste de aquella institución, y de este modo queda en pie nuestra afirmación: el individualismo de los Stirner y de los Nietzsche es individualismo de filósofos y literatos burgueses: no es socialismo, no es anarquismo. Como francamente confiesa, directa ó indirectamente, el mismo Sr. Comas, es la brutalidad, es la tiranía, es la esclavitud, es la explotación del hombre por el hombre, es el aristocratismo, es el vasallaje, es la insolidaridad, es la guerra, es todo el actual estado de cosas burgués, menos la religiosidad, más un mayormente cínico deseo de aplastar á los débiles, todo basado en una pretendida Ciencia de la Vida que bien podría llamarse de la Muerte... No espere el Sr. Comas que nos tomemos nuevamente la molestia, nosotros al menos, de refutar su metafísica. No es necesario. En pie queda lo por nosotros expuesto y sustentado. Además, nos hemos dado cuenta de que ante ciertas «locas explosiones del orgullo que sueña con reducir á fragmentos todos los sentimientos altruistas», verdaderas «contorsiones acrobáticas» en busca del aplauso de la galería... burguesa, como con mucho acierto escribe el Sr. Momigliano, en *Futuro*, de Montevideo, es preferible, antes que entablar un pugilato para decir la última palabra, dejar que la «luminosa» infalibilidad de que alardean stirnerianos y nietzscheanos se cierna beatíficamente allá en las olímpicas alturas de su petulancia. Pero, como el lector pudiere no ser de nuestro parecer y querer más luz en esta polémica, se la ofreceremos publicando, simultánea y sucesivamente al trabajo del Sr. Comas, el estudio de Fouilleé, sobre las falsas consecuencias del darwinismo; de Guyau, que sienta las bases científicas de la solidaridad; de Grave, referente al dilettantismo de los individualistas «puros»; de Dubinsky, que establece la diferencia entre el individualismo burgués y el individualismo, de los socialistas-anarquistas, y de algunos otros. Nosotros no tenemos la ridícula pretensión de saber y de explicarlo todo. — N. DE R.



## El Individuo como único valor real

I

Es evidente que la Sociedad quiere que *cada uno* obtenga su derecho; mas este derecho no es otro que el que ella misma ha *sancionado*; es el derecho de la Sociedad y no el de *cada uno*. Yo, al contrario, en virtud de mi propia potencia, tomo y me atribuyo un derecho, y frente á toda potencia superior á la mía soy un criminal incorregible (1). Posesor y creador de mi derecho no reconozco otro origen de él que Yo mismo, y no Dios ni el Estado ni la Naturaleza ni el Hombre mismo con sus «eternos derechos del hombre».

MAX STIRNER.

Vedlos cual se echan á reir; ellos no me comprenden; no está mi palabra hecha para tales entendederas — exclama severamente el héroe de Nietzsche en un bello pasaje de su *Also sprach Zarathustra*—y asimismo exclamo yo contestando

(1) *Un criminal incorregible*; y no existe expresión alguna más gráfica y profundamente verdadera que esta, aunque los *modestos* de NATURA—con su *grano de arena*—estén hartos de los genios que quieren ó puede darse el caso de que influyan á estilo y modo de cualquier Rebeca del Rosmersholm: *criminalmente*.

Ser *genio*, querer ser superior á todo y á todos, es lo menos que puede exigirse á todo hombre bien nacido. Si los individuos de NATURA renuncian á serlo, allá se las arreglen ellos; no seré yo quien se rebaje á levantarlos del *montón*, pues, como dice muy bien el proverbio latino, *áquila non capit muscas*.

En cuanto á que los genios influyan á estilo y modo de cualquier Rebeca de *Rosmersholm*, es poca cosa; si tal hicieren aun no llegarían á ser «semi-genios». Rebeca West se despoja de todo sentimentalismo, matando *criminalmente* á Felicia, símbolo del *altruismo* por Rosmer, su *dependencia* que poco á poco va «ennobreciéndola», absorbiéndola, matando su personalidad, su *egoísmo*, su vida; y llega fatalmente á un extremo en que ella no es *nada* ya, que pertenece enteramente á Rosmer, á aquel Rosmer reintegrado al pasado, que se suicida con ella. Este es el camino de todo cristiano y de todo anarquista *viejo*, el del *torrente* del Sacrificio, pero nunca el de ningún genio. El *genio* es un criminal incorregible *eternamente*, de lo contrario dejaría de serlo.

Aprendan, pues, de nuevo los individuos de NATURA á interpretar mejor el bello drama de Ibsen... pero antes maten *criminalmente* y sin piedad á la *Felicia* con que cada uno de ellos está *casado*; de otro modo les será imposible lograr nada.

á los *chistes* que en distintos párrafos del artículo *Autonomía y Solidaridad*, me dedican los *viejos* de NATURA. (Números 35, 36, 37, 38 y 39).

«Y dicho esto á paso de carga, siquiera para que dichos *señores* se den cuenta de que han pretendido dar á moro muerto gran lanzada, entro en materia.»

En verdad, me revuelvo airado contra el cristianismo de los anarquistas *viejos*, y como se me pide que precise mejor, para evitar confusiones, contra qué «adversarios» me dirijo voy á hacerlo al momento:

Existe en el presente un anarquismo netamente cristiano, patrocinado por León Tolstoi y sus discípulos y algunos naturistas, y tenemos, por otra parte, un anarquismo comunista pretendido materialista y en verdad neo-cristiano y pseudo-científico, patrocinado por los Reclus, los Kropotkin, los Malatesta, los Mella, los Grave, los Gori, los Faure, los Molinari, los A. Lorenzo, los Merlino, los Malato, los Fabbri, los Silva Méndes, los A. Retté, los Hamon, los Jacquinet, los José Prat, etc., etc., etc., (2), casi tan

(2) Por más ciencia que sepan algunos de los citados autores y escritores, Kropotkin, por ejemplo, no les concedo ni la más mínima razón en todo lo afir-



funesto y entorpecedor como aquél y seguido por el noventa y nueve por ciento de los anarquistas restantes, incluyendo en él á la Redacción entera de NATURA. ¿Se habrá comprendido ahora contra qué «adversarios» me dirijo?

Bien puntualizada pues de este modo la cuestión paso sin pérdida de tiempo á lo que sigue:

Hago constar en primer término que en mi anterior artículo no he aplicado ni á una sola idea el calificativo «nueva» como así se pretende que sea y si sólo á algunas de ellas el de «demasiado luminosas» para nuestros tiempos infantiles. No obstante, rectifico ó afirmo más ahora mi opinión y al individualismo stirneriano aplicole llanamente el calificativo «nuevo». Max Stirner, á pesar de haber transcurrido más de medio siglo desde la publicación de su libro inmortal, *Der Einzige und sein Eigenthum*, es y seguirá siendo aún por mucho tiempo enteramente nuevo para el noventa y nueve por ciento de anarquistas de que hablo. ¿Es el tiempo lo que determina el valor de una idea ó es al contrario su significación filosófica contemporánea? Si lo primero, Nietzsche debía perder miserablemente el tiempo estudiando á Sócrates y queriendo desentrañar del alma helénica su aún hoy muy ignorado significado, y asimismo todos cuantos pensadores se preocupan de los problemas de la filosofía antigua.

Para decir que una idea «es más vieja que la luna» no basta la afirmación escueta seguida de una nota de Silva Méndez; es necesario, ante todo, presentar otra nueva que la rechace ó *desintegre*,

mado en sus notas que la Redacción de NATURA saca á relucir. No basta para hacer sociología, saber profundamente todas las ciencias; es necesario por encima de ellas saber la ciencia de las ciencias, la *ciencia de la Vida*, que todos, del primero al último, desconocen por completo. Es cosa fácil llegar con el tiempo á conocer relativamente bien todas las ciencias; pero sustraerse al ambiente y hacerse uno mismo *su propia* ciencia, es tarea mucho más difícil y casi me atrevo á decir reservada exclusivamente al «genio».

y esto, á pesar de haber quien lo hiciere —yo mismo por ejemplo—no está aún al alcance de ningún anarquista *viejo* (1).

Sigamos: Hablo de las fuerzas físicas absolutamente como si fuesen fuerzas físicas é imponiéndose en virtud de ellas mismas (considerándolas siempre inherentes á la materia). El concepto de Naturaleza (Infinito), considerado *totalmente*, es tan completamente huero en sí como el de la Nada misma. Sólo por el CHOQUE, (lucha, ó *dolor*, como le llamó Schopenhauer) la vida se manifiesta y justifica á nuestros ojos; el choque es pues la vida misma.

La concepción abstracta, EQUILIBRIO, formada por nuestro entendimiento por continuidad metafísica, tiene sus raíces en el mayor DESEQUILIBRIO, fuente de todo movimiento; de otro modo, suponiendo que «todo se opera en virtud del equilibrio», presupondría la concepción de un Dios *ordenador* origen de él, y asimismo cabría preguntar qué estado era el que existía antes de operarse el equilibrio y qué otro después de haberse operado el mismo (2).

Cada hecho natural de los que se suceden en cada parte infinitesimal de tiempo, tiene forzosamente su causa, siendo á la vez ésta efecto de otra y así sucesivamente. En cada momento dado de la evolución de la Substancia existe el desequilibrio por existir el movimiento. El EQUILIBRIO es pues simplemente una abstracción que escapa á las ideas de Tiempo y Espacio (determinadas por el movimiento), nacida como he dicho antes por *continuidad metafísica* inductiva y deductiva de la observación de los hechos que cada día la mentalidad humana va conociendo en mayor número pero que nunca llegará á conocer totalmente.

(1) Los dramas de Ibsen son otro ejemplo; entre ellos, *Hedda Gabler*, tan mal interpretado por todo el mundo, que vivirá *mientras el hombre sea hombre*.

(2) Y así resulta que, al revés de lo que pretende, la Redacción de NATURA resucita sin darse cuenta el *Deus ex machina* de Boussuet.



Por lo tanto, «todo movimiento, todo cambio en los cuerpos, sea del orden que fuere, físico, químico, biológico, etc.» no es que se opere *en virtud* del Equilibrio de la materia», sino en virtud del Desequilibrio constante del Todo, tendiendo hacia su inaccesible Estabilidad. Ninguna fuerza natural obra *en virtud* de ninguna ley *final* que la *obligue*, ya que el Determinismo nos enseña que todo efecto tiene lugar en virtud de una causa, pero nunca al revés.

En cualquier momento dado, todas las fuerzas naturales obran y atentan pues contra la *forma* ó modo de ser de la naturaleza entera en aquel mismo instante. Que converja la Ciencia entera á explicar (mejor de lo que lo ha hecho hasta hoy) el fenómeno llamado «Voluntad» y se demostrará siempre cómo «obrar es atentar contra el modo de ser de la Naturaleza entera removiéndola constantemente pese á las voluntades ó leyes que la integran».

Con lo dicho queda sentado que no recurro en modo alguno á «una inteligencia dotada de libertad y voluntad ilimitadas» para darme una satisfactoria explicación de los hechos naturales; antes al contrario, baso mi criterio en la ciencia experimental, y al revés de recurrir á hipótesis espiritualistas estudio á Darwin, Haeckel y otros en lo que aun no les ha estudiado casi nadie más y de conclusión en conclusión—y aunque en el estado actual de la Ciencia se ignore—llego á saber clara y positivamente «el por qué los átomos y las moléculas vibran, se transportan por el espacio y se ven empujados unos hacia otros para formar combinaciones ó simples aglomeraciones». Sigamos:

«En una combinación química, la corriente eléctrica, la combustión, etcétera, han destruido la individualidad de los componentes».

¿En el sentido más amplio de la palabra, qué entendemos por «Individuali-

dad»? La manifestación autónoma de un cuerpo dentro del Determinismo. En una combinación química, el agua por ejemplo, sus componentes, oxígeno é hidrógeno, han perdido su individualidad, *no pueden manifestarse autónomamente*, es decir, en sus propiedades primitivas, libertad absorbida por el nuevo compuesto. Toda combinación química tiene pues como propiedad inherente á ella *la destrucción de la individualidad* de sus componentes. Y aún hay más; la combinación deja huellas tan profundas en éstos que en algunos casos, si se verifica nuevamente su descomposición, pierden muchas de las propiedades que tenían cuando su estado primitivo. Ejemplo: el oxígeno de la potasa que ya no tiene tendencia alguna á unirse con el hidrógeno. (J. Delbœuf).

«El cuerpo humano—digo yo—ese mundo compuesto de millones de células previamente dispuestas y organizadas encierra en sí una continua lucha entre sus componentes: las células del cerebro privando muchas veces buena parte de la acción de las que componen los demás órganos del cuerpo, cuando en los momentos de intensificación del pensamiento necesita acumular una gran cantidad de energía vital, y así en las relaciones de los demás órganos» (1).

Á esto contesta la Redacción de NATURA, con los indispensables *chistes* intercalados, que «tampoco es verdad que haya lucha entre los elementos de nuestro cuerpo, entre nuestros diversos órganos».

Sospecho con ello que desconocen por completo hasta los más rudimentarios principios de la Biología.

Para intensificar el pensamiento se necesita reducir la acción de los demás

(1) En efecto: si las células vibrasen libremente, su papel dentro del organismo humano sería bien al revés del que hoy representan; sólo la *lucha* y su consecuencia la *organización*, (cenestesia), pueden justificar su vibración «simpática y solidaria» (como la llama Guyau).



órganos del cuerpo, vuelvo á repetirlo.

Para convencerlos, basta sólo que contempléis vuestro cuerpo todo, *magníficamente* empobrecido por el progreso de vuestro cerebro. ¿No es un ejemplo palpable la anafrodisia de los notables escritores y artistas, Jorge Sand, Jorge Elliot, Mme. de Staël, Miguel Ángel, Winkelmann, Sócrates, César, Virgilio, y la infecundidad de Swift, Johnson, Pope, Lord Byron, etc., y por el contrario la mayor fecundidad progresiva de todas las especies anteriores al hombre?

Muchos grandes hombres de la antigüedad fueron célebres no sólo por su poderosa inteligencia, si que también por su diminuta estatura y pueden citarse entre otros, á Horacio, (*lepidissimum homunculus, dicebat Augustus*), Filopómeno, Narsés, Alejandro, (*Magnus Alexander corpore parvus erat*), Aristóteles, Platón, Epicuro, Crisipo, Laertes, Arquímedes, Diógenes y Epicteto, (que solía decir: «¿Quién soy yo? Un hombrecillo»).

En los tiempos más modernos puede citarse á Erasmo, Linneo, Lipses, Spinoza, Montaigne, (que escribía, «soy de una estatura inferior á la mediana»), Pope, (á quien hacía falta un almohadón para sentarse á la mesa), Lalande, Baccaria, Balzac, Thiers, Luis Blanch, Von Does, (apellidado «El tambor» porque no era más alto que un tambor), Mársilo y Ficino, (de quien ha podido decirse, «*Vis ad lumbos viri stabat*»).

La escasez de la barba, la palidez del rostro, («*Pulchrum sublimum virorum florens*», dice San Gregorio), así como la flaqueza y la debilidad de la actividad genésica y muscular son las señales más frecuentes de los grandes pensadores. Leca ha escrito que los mayores genios habitan en los cuerpos más débiles. Cicerón, Demóstenes, Walter Scott, Kepler, Fenelón y Pascal, eran excesivamente delgados. Según dice de Voltaire: «Su flaqueza recordaba sus trabajos; su cuer-

po pequeño y encorvado no era sino un velo transparente á través del cual creía divisarse su alma y su genio». Lamennais era un hombrecillo imperceptible que el viento de su propia inquietud movía de un extremo á otro de su cuarto. Otros están dotados, como Rafael y Virgilio de formas delicadas y casi femeninas (Lombroso).

Los trabajos mayores y más nobles son debidos á hombres sin descendientes (Bacon).

En la escala sucesiva del reino vegetal al animal, desde el *thallus* á la *gastrula* y desde la *gastrula* al *homo sapiens*, las células componentes de unos y otros van perdiendo gradualmente en libertad lo que la sensibilidad ó conciencia del vegetal ó animal gana en el camino de la evolución.

Todo organismo vegetal representa una *república* de células y todo organismo animal una *monarquía*. Las células vegetales, en efecto, son en general *más autónomas, más homogéneas, más independientes* unas de otras y del organismo considerado como un todo. Las células de los animales, al contrario, gracias al progreso de la división del trabajo, son *más heterogéneas, dependen más unas de otras*, y en virtud de una *más viva centralización* están *más fuertemente subordinadas á la idea del Estado*, (cerebro). (Haeckel).

Las observaciones hechas con el llamado *psicómetro* de A. Mosso prueban matemáticamente que hay alternación, ó mejor dicho, *antagonismo entre el funcionamiento del cerebro y el de los demás órganos*. La congestión activa del primero acarrea la anemia relativa de los demás y esto nos muestra la razón de algunos hechos notorios, por ejemplo, la acción calmante que las ocupaciones intelectuales ejercen sobre los instintos y las funciones físicas, la influencia debilitante que ejercen los trabajos espirituales sobre la constitución general y la dificultad



de ser á la vez hombre de acción y hombre de inteligencia. (Ch. Letourneau).

Yo mismo he tenido ocasión de observar en todas las fases de su evolución un caso patológico de un amigo mío que, víctima ha ya más de diez años de una atonía mental, ha ido engrosando notablemente desde el comienzo de su enfermedad. Su cuerpo antes muy débil rebosa ahora de salud.

¿No prueba esto que obstruida en buena parte la tiranía del cerebro que se le manifestaba antes en su funcionamiento NORMAL, ha restituido éste á los demás órganos su relativa LIBERTAD de desarrollo?

Otro ejemplo: Los órganos atrofiados por el no uso que observamos en todos los animales inferiores (las mamas de los mamíferos machos, los incisivos de los rumiantes, los dientes en el feto de la ballena é igualmente, según Geoffroy Saint-Hilaire, en ciertos pájaros que los pierden al llegar á la edad adulta, etcétera, etc.), se nos presentan sólo en estado de rudimento; desarmados, por el no uso, para la lucha por la vida, han quedado reducidos á simples supervivencias, por la *absorción* que poco á poco han hecho de ellos los demás órganos del cuerpo.

Prueba igualmente el dominio del cerebro sobre los demás órganos el hecho, por ejemplo, de que el sólo recuerdo de un objeto repugnante prodúcenos muchas veces náuseas y vómitos. (L. Buchner).

La mayoría de los protistas (móneras, lóbasas, bacilas, etc.), así como las ortonéctidas, han de sacrificar toda su individualidad á la procreación los unos, (división), y morir así que ésta queda efectuada, las otras (transformación del entodermo en huevos y muerte del ectodermo).

Con lo dicho me parece haber demostrado sobradamente no sólo la *tiranía* del cerebro sobre los demás órganos, si que también la tiranía de cada uno de ellos sobre los demás y de las células, entre sí, y en el último ejemplo la libertad ó vida de unos individuos á expensas de la de sus congéneres, todo ello sin haber de recurrir para nada al terreno de la patología y menos al de la teratología á no ser que quieran considerarse todos los individuos de todas las especies como casos anormales (1).

¿Han visto ahora la *lucha* los redactores de NATURA, aquella lucha que su completa ignorancia de los hechos les ha hecho negar?

(Continuará.)

(1) Esto aparte, la manera como NATURA habla del equilibrio fisiológico revela la más completa ignorancia acerca el significado de la Patología. No existiendo el tipo «normal» ha de considerarse que con los llamados casos «anormales» (patológicos ó teratológicos) quiere solamente significarse aquellos que difieren notoriamente del «tipo medio» de la especie, tipo no existente en realidad é *inventado* por los fisiólogos sólo para establecer diferencias entre unos y otros. Así pues, el llamado equilibrio fisiológico de cada individuo tiene por fundamento una más ó menos pronunciada anormalidad basada en el desequilibrio ó *lucha*, y todo caso patológico es un apartamiento mayor ó menor de esta regla de anormalidad ó desequilibrio.

Alfredo Fouillée

## Las falsas consecuencias morales y sociales del darwinismo

Las teorías biológicas de nuestro siglo han sido interpretadas completamente al revés y se han convertido, si así puede decirse, en la llaga de la moral, incluso

de la moral política é internacional. Jamás se había ostentado con tanto cinismo el vicio de las generalizaciones precipitadas. Conocidas son las consecuen-



cias prácticas que se ha pretendido sacar del darwinismo. ¿No hemos visto á los darwinistas sostener lo que se ha llamado el derecho al homicidio, la filosofía del «asesinato científico», la teoría del egoísmo brutal y feroz, «despertando — como dijo Alfonso Daudet — lo que quedaba á cuatro patas en el cuadrúpedo puesto de pie, sirviendo de pretexto y de disculpa á toda clase de infamias»? ¿No se ha extendido á las razas y á los pueblos la moral del «hierro y de sangre», de la fuerza «comadrón de las sociedades»? «La guerra es santa y de institución divina — decía Molke — ella mantiene en los hombres todos los nobles sentimientos: honor, virtud, valor; ella impide que el mundo caiga en la podredumbre.» Tal es, según la Biblia darwinista, la ley trágica de las sociedades, como de la naturaleza. Nietzsche no hizo más que desarrollar en una poesía brillante los lugares comunes del darwinismo interpretado á la manera alemana. La misma patria de Darwin no se quedó atrás. Desde que el imperialismo inglés oculta el viejo derecho del más fuerte bajo el nombre más moderno de derecho á «la expansión», las revistas inglesas, y hasta las americanas, están llenas de estudios consagrados á justificar las guerras de conquista por los principios de Darwin. El mismo presidente Roosevelt se hace á veces portavoz de análogas doctrinas. Corresponderá á la filosofía francesa del siglo XIX el honor de no haber cedido á esta corriente pretendida científica que nos volvería á la barbarie: Francia no ha cesado de mantener, contra Alemania é Inglaterra, la primacía del derecho sobre la fuerza, de la fraternidad sobre el odio, de la asociación sobre la competencia brutal. Un examen atento é imparcial de las opiniones en presencia, nos enseñará porque sofística se desnaturalizan ciertas verdades de la ciencia para volverlas contra la moral social.

## I

Según los darwinistas puros, la ley de asociación no sería más que un refinamiento de la ley de competencia, en lugar de serle opuesta. Para sostenerlo se apoyan en la hipótesis de que la asociación habría nacido de la misma competencia. Suponed que algunos individuos empujados por un impulso común en presencia de un enemigo superior á cada uno de ellos individualmente, se vean victoriosos de este enemigo en virtud de su cooperación accidental: la experiencia del esfuerzo en común se repetirá, primero por accidente, después por hábito y se convertirá al fin en un procedimiento sistemático. De esto se quiere concluir que la asociación y la simpatía son secundarias, ulteriores, derivadas de la misma lucha. La cooperación, y todos los instintos que á ella van unidos: benevolencia, beneficencia, moralidad, no serían más que incidentes de la guerra universal, movimientos estratégicos dictados por una consideración de utilidad. La asociación sería un reciente descubrimiento de la naturaleza, la cual es esencialmente insociabilidad. La paz no sería, más ó menos inconscientemente, que un ardid de guerra. El amor hijo clandestino del odio. El filósofo americano que espuso esta teoría en la *Revue internationale de morale*, no dejó de sentar la conclusión de la legitimidad del imperialismo americano, de la conquista de Cuba y de Filipinas, etc. A esto llamábalo, por un eufemismo en moda, la «moral de la expansión». La guerra contra los boers fué un nuevo ejemplo que pronto se hará clásico entre los moralistas de esta misma escuela. ¿Qué diremos de la expansión de los Rusos en Manchuria y de la expansión de los japoneses en detrimento de los rusos? En todas partes es el eterno derecho del más fuerte reducido á sistema por los modernos



Calliclés. Inútil añadir que los alemanes hace tiempo que adoptaron análoga táctica; que invocan á Hegel, Schopenhauer y Darwin, al mismo tiempo que al dios de las batallas, para sostener la legitimidad, la moralidad, hasta la religiosidad de sus recientes conquistas. Nietzsche, que hallamos siempre metido en estas cuestiones, no hizo más que llevar la misma doctrina hasta un cinismo entusiasta y fanático, pues para él todo se vuelve furioso: elogiando la brutalidad cree hacer el elogio de la misma vida y del progreso humano. Pero siquiera Nietzsche no invoca la «moral» y la «religión»; más sincero, pregona el «inmoralismo». Tanto para el alemán Nietzsche como para el inglés Hobbes, lo que hay de radical en la sociedad es el deseo de explotar á los demás, de atacarlos, de convertirlos en su propiedad ó su instrumento, de incorporarse su semejante, como se incorpora una presa; he aquí, según él, el sentido profundo de la vida social, porque es el sentido mismo y la función de toda vida orgánica. El hombre, como todos los animales, debe comer para vivir; así, pues, vive para comer; la acción de comer se halla en el fondo de todas nuestras investigaciones pretendidas sociales. Es lo que, no tan solo Hobbes, sino también Holbach, Feuerbach, Stirner y Marx, habían ya expresado de otra manera (1). Si, conforme á los sueños de los reformadores franceses, la sociedad humana se diese por objetivo evitar que los hombres se atacasen, como asimismo se da por objetivo, según parece, «evitar que se entrecoman», la sociedad marcharía «en el

sentido de una negación de la vida.» Llevad esta doctrina angloalemana hasta lo último y diréis: la afirmación por excelencia de la vida, es la antropofagia, pues en esta hay «incorporación» de sus semejantes, en el sentido más positivo de la palabra, explotación é «imposición de sus propias formas», ó mejor, reducción á sus propias formas por la asimilación del alimento. Nietzsche, á pesar de sus arranques contra Darwin, es el niño terrible del darwinismo.

Está visto, pues, en que se convierte, llevada á sus extremas consecuencias, la doctrina que, con el viejo Heráclito, dice: «El combate es el padre de todas las cosas.» Busquemos, sin embargo, la parte de verdad que contiene esta teoría de lucha universal, y veremos enseguida si, desde el punto de vista de la ciencia, se tiene el derecho de erigirla en verdad total.

Lo que no se puede negar á Darwin y á sus discípulos, es la omnipresencia de la competencia vital, de la que el combate por la vida no es más que un caso particular. La competencia vital tiene por causa, indudablemente, no el hecho mismo y «la esencia de la vida», como sostiene Nietzsche, sino la limitación que el medio habitable y la cantidad finita de los alimentos aportan á la multiplicación *naturalmente indefinida* de los seres vivientes. En un medio *limitado*, las sustancias alimenticias no pueden desaparecer gradualmente; las sustancias «excrementales», é impropias para la vida, se acumulan, al contrario, cada vez más; las condiciones del medio, pues, cambian forzosamente. De ahí resulta que un medio que ayer era favorable á la vida de plástidas de una cierta especie, no lo será hoy; en cambio este medio convenirá al desarrollo vital de otra especie que ayer no podía hallarse en él sino en estado de *indiferencia química*, ó en estado de *destrucción*. De esto se deriva la sucesión de las faunas de protozoarios,

(1) Sabido es que en sus notas sobre el *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción*, de Guyau, Nietzsche se pronuncia equivocadamente contra la dirección expansiva, centrífuga, altruista, atribuida á la vida de relación, y, sobre todo, a la generación, por Guyau, Augusto Comte y Littré. En el mismo amor, Nietzsche no ve más que la voluntad de potencia, la voluntad de ejercer sobre otros una influencia acaparadora, una invasión, una dominación sobre los demás seres.



de las floras, de microbios y de hongos; ejemplos vemos en las infusiones de nuestros laboratorios, como en la famosa infusión de heno, que sirve de tipo. Una parte de los protozoarios se halla necesariamente destruída por carecer de condiciones químicas suficientes. Cuando se trata de metazoarios, los más fuertes se comen á los más débiles, y entonces hay verdaderamente lucha por la existencia. En los seres que no comen, como los vegetales, no hay lucha, y sin embargo, hay siempre competencia, pretensiones simultáneas y parcialmente incompatibles. En el mar y sobre la tierra, se produce un balance de beneficios y de pérdidas tal que la cantidad total de sustancias plásticas permanezca siendo sensiblemente la misma, ya que ciertamente ha alcanzado desde hace mucho tiempo, con pequeñas oscilaciones insignificantes, el máximo que le es permitido en el estado actual del globo. «Es necesario, pues, que en un lapso de tiempo determinado se destruya un cantidad de sustancias plásticas poco más ó menos igual á la que se produce en igual período de tiempo.» Esto es como decir que el presupuesto de la vida de que habla Goethe se conserva casi invariable. Pero puede ser empleado diferentemente y producir resultados completamente nuevos. Las especies se suceden unas á otras en el disfrute de este presupuesto y hoy le toca el turno á la humanidad.

Animales ó humanas, las *sociedades* están compuestas, seguramente, de seres *vivientes*. Ahora bien, la lucha por la vida y la selección natural se aplican á todos los seres vivientes (y para comprenderlo basta haber observado lo que pasa en un jardín descuidado). Estas leyes deben, pues, asimismo, ser admitidas en sociología como siguiendo obrando por su parte en los seres que viven en sociedad. Los hombres, sea lo que puedan ser bajo otros aspectos, son organismos animales, con una tendencia á

multiplicarse más allá de los medios de subsistencia; estos medios, alimentos, vestidos, habitación, etc., son esencialmente limitados. La multiplicación de los deseos, y de los individuos que desean, es, por lo tanto, siempre, como dijo Malthus, superior á los medios de satisfacer los deseos. Por esto no se puede esperar que la competencia desaparezca enteramente de este mundo, y por desgracia la competencia engendra el odio. Es lo que hizo decir al poeta: «Parece

*A celui qui ne voit l'être que d'un côté  
Qu'une haine inouïe emplit l'immensité (1).*

En la misma relación de los sexos existe la lucha: lucha entre los individuos de un mismo sexo para conquistar el favor del otro; lucha entre los dos sexos para conquistar el poder y el goce. Aprovechándose de su fuerza el hombre ha convertido la mujer en su subordinada, á veces en su esclava. En nuestros días los sexos continúan luchando, con armas diversas para obtener la influencia predominante. ¿Qué es el movimiento feminista sino una lucha por la conquista de derechos, de funciones, de ventajas antes reservadas al hombre? Hasta en las fases superiores de la vida humana subsiste la rivalidad por la existencia y por la expansión; no es únicamente un problema de nutrición y de reproducción; no es tampoco una pura cuestión de fuerza física, por importantes que sean, por lo demás, todos estos elementos. No, lo que la competencia encierra, es toda la naturaleza del hombre, y del hombre viviendo en sociedad con otros hombres que tienen deseos y necesidades semejantes. Es necesario, pues, reconocer que el germen de la división está en todas partes.

La misma imitación, de la que Gabriel

(1) Victor Hugo.



Tarde ha enseñado que el principio nada tiene de competitivo, parécenos que no destruye por completo las causas de conflicto, mejor crea otras nuevas por la diversidad y la oposición de sus corrientes. La imitación mutua hace que uno quiera lo que quiere otro, por ejemplo, desempeñar tal ó cual función, ocupar una plaza, gozar de un bien. La mayor parte de los bienes, materiales al menos, no pueden pertenecer todos juntos á todo el mundo. De ahí resulta rivalidad y si los rivales no saben ó no pueden repartirse el objeto deseado en común, en lugar de simpatía, la imitación engendra antipatía.

La competencia comercial é industrial encierra aún una cierta lucha por la existencia bajo formas pacíficas. Suponed que una competencia semejante no tenga otros factores que la contengan y conducirá naturalmente á la sobrevida del mejor adaptado y á la desaparición del menos adaptado.

La división de las funciones entre los hombres, si bien produce las cooperaciones de que tan encantados están los economistas, produce asimismo y por desgracia separaciones morales: los hombres acaban por ignorarse unos á otros, por no comprenderse, porque no tienen ni las mismas ocupaciones, ni las mismas creencias, ni las mismas costumbres. La cooperación, en fin, con la cual cuentan con razón los reformadores sociales, tiene asimismo un lado competitivo, sobre todo en nuestras sociedades civilizadas. No es fácil hallar y desempeñar en ellas una plaza de «cooperador»: todo empleo es objeto de rivalidades, y los seres incapaces de desempeñar su plaza acaban viendo eliminada su descendencia. El hombre está, pues, con sus compañeros en una inevitable rivalidad. De ahí una competencia de *inteligencias*, de *sensibilidades*, de *voluntades*. Si estamos lejos de la lucha primitiva, también lo estamos de la armonía completa.

Y no hay solamente competencia entre los diversos egoísmos; la hay también entre los diversos «altruismos», en un mismo individuo y entre diversos individuos. El amor á la familia, á la patria, á la humanidad, pueden entrar en conflicto en una misma consciencia y no dejamos de ver ejemplos cada día. El deseo de satisfacer las inclinaciones simpáticas puede engendrar, entre diversas consciencias, una rivalidad por el bien, afortunada rivalidad, sin duda, pero que de todos modos contiene un último germen de competencia moral.

## II

Para los darwinistas exclusivos es tan vano entregarse á lamentar esta competencia universal, que es la «ley de la naturaleza», como especular sobre las consecuencias morales ó inmorales de la gravitación universal: los dos órdenes de leyes son igualmente inevitables y hay que tomarlos «como son».

Peroprimeramente, responderemos nosotros, no es de ningún modo inútil especular, sino sobre la *moral* de la gravitación, por lo menos sobre la mecánica de la gravitación: testimonio los globos, la navegación, etc. Si no podemos evitar la gravedad, podemos convertirla á beneficio nuestro y hasta servirnos de ella para alejarnos del centro de la tierra. La competencia universal es imposible suprimirla, sea; ni siquiera sería deseable suprimir enteramente esta condición del desarrollo de las individualidades y de su gerarquía; aquí está el error de ciertos socialistas (1). Pero la competencia puede ser suprimida parcialmente, restringida en sus efectos funestos, no tan sólo aprovechada y evitada en parte como la gravedad, sino contrabalanzada

(1) Tenga el lector en cuenta que Fouillée no es socialista; es un sabio que no se ha desprendido aún de ciertos prejuicios, como éste de la «gerarquía» que confina con el de «autoridad».—N. DE R.



verdaderamente y hasta dominada. La gravitación tiene el punto de aplicación fuera de nosotros; la competencia lo tiene en nuestros sentimientos y en nuestras voluntades. La diferencia es capital: podemos reaccionar sobre nuestros propios impulsos y la misma idea que tenemos de nuestro poder es ya un poder: es una idea fuerza. La cuestión verdaderamente «científica», que ni los economistas ni los socialistas han sabido resolver, es saber: 1.º con cuales *diferencias* y *modificaciones* la ley de lucha y de selección natural obra en la sociedad humana y de qué modo está contrabalanceada ó completada por otras leyes; 2.º qué consecuencias prácticas se siguen de su persistencia y de su modificación en el orden social. Si es contrario á la ciencia no tener en cuenta las semejanzas entre la humanidad y la animalidad, ¿no es también anticientífico no tener en cuenta las diferencias? No hay cálculo exacto si no se calculan todos los valores positivos ó negativos. Descuidar sin cesar el *mutatis mutandis* es olvidar las reglas del verdadero método científico. Por desgracia, la tendencia unilateral es una enfermedad del espíritu humano, que, atento á un lado de las cosas, se *distrae*, por esto mismo, de los demás. Es necesario también que el que hace profesión de ser sabio, y sobre todo filósofo, no sea tampoco exclusivo, tan constantemente distraído como el primer hombre primitivo. Y Nietzsche especialmente, que se cree el más refinado de los civilizados, razona al modo de los más humildes salvajes.

Hemos visto que los darwinistas exagerados nos representan la cooperación pacífica como un ardid de guerra imaginado por el egoísmo fundamental del ser viviente. A pesar de estas apariencias pretendidamente científicas, esta teoría es una vista incompleta y falsa. Que los primeros hombres se hayan reconocido más fuertes uniéndose ante el enemigo común, y de este modo hayan compren-

dido el interés de la asociación, esto es muy posible y hasta probable; pero antes de esta cooperación por interés hubo ya la aproximación espontánea de seres semejantes bajo la influencia de la simpatía. Los mismos animales nos dan de ello un ejemplo (1). Hasta cuando un interés colectivo, más ó menos vagamente sentido, se hallase en el fondo de los instintos sociales, se podría decir siempre que también el interés es un ardid de la naturaleza para empujar al ser al desinterés. En todo caso, el origen más ó menos interesado del sentimiento social, sobre todo en los animales, ¿prueba que este sentimiento permanezca siempre ó deba siempre permanecer siendo egoísta en el ser pensante, capaz de concebir y amar á los demás? La reducción pura y simple de la vida humana á la vida animal, y de la vida animal al acto de incorporación, es una novela feroz inventada por una imaginación delirante que confunde las necesidades primeras de la vida con sus desarrollos ulteriores y superiores, que olvida el pensamiento, que olvida el amor, que olvida la natural simpatía del semejante por sus semejantes. Que haya un fondo de egoísmo esencial en la misma vida, en la vida del animal que debe comer, esto es innegable; pero que la entera vida sea reductible á la agresión del ser habriendo; que el pensamiento humano no pueda concebir, amar, realizar un orden superior, es una cosa que no puede sostenerse sin sofisma.

Los darwinistas y nietzscheanos para quienes la lucha en la sociedad es más fundamental que la unión, olvidan que los seres vivientes deben, primero, vivir, y que para vivir, es necesario que hayan nacido, y nacido de padres que, sin duda, no tuvieron por tarea ó por instinto luchar con ellos ni devorarlos. Los lazos de parentesco son anteriores á todos los conflictos entre individuos y á todos los

(1) Véase en la *Revue* del 15 Agosto 1902 nuestro estudio sobre la *Moral de la vida en los animales*.



conflictos entre especies. ¿Es, pues, la lucha propiamente así llamada la que propaga la especie ó el amor tal vez? ¿Es por un movimiento de odio y por un combate mutuo que se unen el hombre y la mujer para asegurar la perpetuidad de la especie? El campo de la competencia no abraza el campo de la familia. En ésta los más débiles, en lugar de ser sacrificados, están protegidos por los más fuertes, que llegan hasta el sacrificio por ellos. La madre, el padre y los hijos no luchan unos *contra* otros por la vida, sino que luchan *juntos* por la vida. Todo comunista que quiera destruir la familia no ve que suprime este primero y típico fundamento de la unión entre los hombres.

La mayor parte de los naturalistas han reconocido, en la atracción de los fuertes por los débiles, una de las leyes más importantes de la vida animal. Spencer llega hasta á considerar la ternura para con los débiles como la *fuerza* del amor maternal, lo cual es exagerado. Bañ reconoce no sin profundidad que la atracción por los débiles no es únicamente inherente al estado gregario, sino que es *esencial* á todo sistema social. En fin, el mismo Darwin ha visto bien la importancia de este sentimiento. El amor á los débiles es una de las grandes fuerzas sociales. Primera prueba de lo que hay de falso en las consecuencias brutales sacadas del darwinismo por lo que se re-

fieri á la humanidad. La prolongación de la infancia en la especie humana, sobre todo en las razas humanas superiores, es lo que hace la educación á la vez necesaria y posible; ahora bien, la educación no tiene nada que nos recuerde la lucha; no es un «ardid de guerra»; la relación entre los educadores y los que éstos educan es una relación de mutua simpatía, de ayuda y de ejemplo en los unos, de imitación en los otros. Esta imitación recíproca tiene por objetivo la unión.

Si ahora, saliendo de la familia, consideramos las relaciones entre seres semejantes, aproximados en hordas ó clases, no vemos de ningún modo que la acción del hombre sobre el hombre comience, como con Gumploviez ha sostenido Giddings, por un conflicto. Todo lo contrario, lo que al origen engendran las similitudes, son simpatías y sinergías, no luchas. La sociedad existe, primero, de hecho, después es aceptada por sus diversos miembros, que hacen así de la misma necesidad un objeto de elección. Más tarde, tal ó cual sociedad particular se halla en frente de enemigos de toda clase, entre los cuales otros grupos humanos, y entonces puede nacer la guerra; pero pretender que la asociación misma es ya una guerra, es confundir el límite de la asociación con su esencia, es sostener que los hombres se aman por odio.

(Continuará.)

### Recibido:

*Pequeños ensayos*, por Carlos Rahola, una peseta, en todas las librerías. — Del grupo «A conquista do Pao» de Lisboa: *O 1.º de Mayo e O Salariado*, rua do Sol (ao Rato) 54, precio 30 reis. — *Bosquejo*, por Arturo Juvant, un folleto, pedidos al autor, Carmen 1, C. Habana. — Del editor F. Serantoni, de Firenze: *La Ribellione*, por Nelly Roussel; *La leggenda del Primo Maggio*; *Aspettando il sole*; *Scienza è Religione*; *Il vostro ordine è il nostro disordine*; *In difesa della Vita*; *Gli Anarchici sono malfattori?*; conferencias, *Genta onesta*, escenas de la vida burguesa, en tres actos, por Pedro Gori. — De la biblioteca «Agrupación Sindicalista», de Sabadell: *Rémora societaria*, por A. Lorenzo, conferencia, 15 céntimos, pedidos á José Fernandez, calle Nueva Junqueras 50, Sabadell.

*A Humanidade*, de Lisboa, rua do Diario de Noticias, 147; *El Ferrocarrilero*, de Peñarol (Montevideo).

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR. — Bruch, 63 (entre Diputación y Consejo de Ciento). — BARCELONA